



www.loqueleo.com/ec

© Alicia Yáñez Cossío

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-770-2

Derechos de autor: 14077

Depósito legal: 1585

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2000

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Abril 2017

Vigésima tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Mauricio Jácome Perigüeza

Diagramación: Pamela Cristina Godoy R.

Supervisión editorial: María Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

La canoa de la abuela/ Pocapena

Alicia Yáñez Cossío

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleto



*Dedicado a
Alicia Correa de Ponce
y a Timi y Daniel Jaramillo,
Dominique y Alexander Duffy,
Alicia y Sarita Franco
y Baltasara y Emily Campos.*

Índice



La canoa de la abuela	11
Pocapena	59
Biografía.....	127
Cuaderno de actividades	129

La canoa de la abuela

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana





La abuela era un remanso de paz donde había olitas de ternura. Pero, cuando se enojaba, en ese remanso de paz había un maremoto.

13

Era como si un tifón llegara corriendo de la China y arremetiera contra las lámparas que colgaban del techo y las dejara titilando. Era como si un chiflón entrara por la ventana y tirara al suelo todas las chucherías que se amontonaban en las repisas; como si los relámpagos dibujaran zigzags furiosos en el cielo encapotado y como si los truenos trepidaran haciendo crujir los vidrios de todas las ventanas.

Se veía al gato que se erizaba como puerco espín y se encaramaba de un salto en la punta del tejado y cómo los pájaros se quedaban en el aire con las patas tiasas, por lo que se creía que había llegado el fin del mundo.

14 Pero pasada la tormenta, el remanso se aquietaba, el sol daba un puntapié a las nubes y se apoderaba de todo el cielo.

Entre uno que otro achaque que tenía, la abuela padecía de alergia a la tristeza y se las ingeniaba para que no le salieran ronchas en el alma.

1

Una tarde lluviosa y fría llegó toda taciturna, atormentada, lúgubre, en una palabra, hecha añicos. Tenía toda la razón: Lucila, la amiga de toda la vida había muerto sin avisarle que se iba.

Entró cargada de años, arrastrando los pies y con más canas y más arrugas. Su alma había recibido la peor de las palizas. No quiso hablar con nadie. Se encerró en su cuarto. Se quitó los zapatos de tacón que le estaban oprimiendo groseramente los juanetes. Se tiró en la cama y lloró inconsolable recordando los años que había pasado con su amiga.

Después fue al baúl y empezó a rebuscar hasta encontrar un álbum de fotografías. Miró una por una las imágenes de cuando ella y Lucila fueron jóvenes y aparecían sonrientes y despreocupadas, muy lejos de pensar que, un día, doscientos mil gusanos atrevidos se darían un banquete con sus cuerpos.

—Ingrata —le dijo—. Te fuiste sin decirme adiós. No me avisaste a tiempo y te olvidaste de hacer lo que habíamos planeado... Tus funerales fueron un desastre. Y, aunque estés sentada, como quien dice, a la diestra de